

Contraluz

Con placidez de alma

Pensé que alguna vez, toda mi vida, cuando recordara estas horas, acudirían hasta mi corazón unas palabras magas de Machado: «Tarde tranquila, casi con placidez de alma...» Fueron así esas horas: apacibles, misteriosas, como si contuvieran un cierto resplandor de santidad. Algo de santidad (siempre lo tiene) tenía la luz que entraba por el gran ventanal de aquella habitación de la casa donde vive el maestro. Y algo de santidad tenía también (siempre lo tiene) el amor que entre todos juntábamos. «La vida era lo junto», ha escrito otro maestro. La vida, en su forma más delicada y enigmática —en su forma amorosa— transcurría, en esa tarde, con placidez de alma. ¿Cómo nombrar, si no, la dulzura de la voz de Lucinda; la bondad que viaja por el rostro de Hugo Gutiérrez Vega; la cortesía vehemente, casi estremecedora, de María Teresa, la eterna e instantánea compañera del maestro; cómo nombrar la devoción con que Mari Carmen Iglesias escucha a nuestro profesor; cómo nombrar la inacabable salida del sol sobre la cara de Francisca Aguirre, esa mujer en cuyo rostro siempre está amaneciendo? Junta esos rostros hoy, en mi memoria, una palabra: alma. Tarde tranquila. Casi con placidez de alma. Y Maravall, con toda su alma puesta sobre su cara, solícito, ofertativo, aproximándonos el contenido de diversas bandejas, como desde hace ya milenios los verdaderos anfitriones agradecen su presencia a los invitados. ¿Pero qué tiene usted que agradecemos, profesor? Somos nosotros quienes tenemos esta tarde una deuda imposible. Doble deuda: a su hospitalidad en estas horas y, también, desde hace medio siglo, a la hospitalidad de su saber. El saber es siempre hospitalario, mi querido maestro, y dos generaciones de peregrinos del conocimiento, que recorreremos, estas últimas décadas, los caminos de España, hemos tenido pocas guaridas de saber tan puntuales, tan suntuosas y sencillas como esta casa de saber que ya es usted para nosotros, Maravall. Con nuestra sed aguda y española (cuánta sed tiene España) hemos ido peregrinando de casa en casa del saber, y seguimos peregrinando, y pocas veces hemos hallado una posada de saber tan vasta, tan fresca y tan profunda, tan callada, tan humilde y a la vez tan lujosa, como esa posada de saber que ya es usted, maestro, para siempre. ¿Qué tiene usted que agradecemos?

Don José Antonio Maravall nos ofrece, con gratitud, una bandeja. Se inclina humildemente, la bandeja en sus manos, como si al mismo tiempo que ofreciéndonos su saber

estuviera pidiéndonos limosna, o como si pensase que aún no nos ha dado bastante. Es que respecto de su propia grandeza los sabios son desconfiados. Siempre piensan que cuanto han hecho es tan sólo el principio de aquello que debieran hacer. Debemos arrojar la sospecha de que los hombres grandes, los seres en verdad hospitalarios, en fin, los sabios, sienten algo parecido a la culpa por el hecho de que envejecen y que mueren: ¿Cómo me voy a ir sin dar a mi comunidad cuanto sin duda podría darle?, parecen preguntarse. Necesitan vivir doscientos años y creen que esa necesidad es una obligación. Y por eso cuando flaquean (por ejemplo, un catarro) se enojan, se fustigan. ¡Santo Dios, es conmovedora la desazón del sabio por el tiempo perdido! Una hora que no empleen en aprender o en enseñar les parece un despilfarro monstruoso. ¿Cómo, pues, además de admirarlos como les corresponde, no quererlos como si fueran niños? Estos sabios, estos chiquillos... Sorprended a María Teresa mirando a Maravall: ciertamente, es un amor de compañera que asoma, como a un balcón, a esa mirada: cuatro veces parió para su hombre, cien veces lo acompañó en la desventura; pero miradle la mirada: con ella ve también a un niño. Este joven anciano, Maravall, es un chiquillo en las pupilas de María Teresa. Dentro de esa mirada vemos a un Maravall atareado, angustiado porque no llega a tiempo, indignado porque ha perdido diez minutos, y los busca, frenéticamente, con las dos manos, por entre unos millares de fichas y apuntes manuscritos; dónde estarán los diez minutos, y revuelve papeles; ¡aquí están!, grita por fin, alborozado y mostrando una ficha donde hay unos renglones sobre el erasmismo en España. María Teresa, entonces, como quien da de merendar a un niño, le aproxima un recipiente con dos dedos de whisky: es un vasodilatador y el maestro tiene frágil el corazón. Hace muy poco tiempo, Maravall ha estado sumamente enojado: sufrió un infarto, pudo haberse marchado, ¡pudo haber dejado incompleto su libro sobre la Picaresca! A Maravall le indigna tenerse que morir, no sólo porque la vida es gozo, no sólo porque le necesitan todos cuantos le amamos, sino también porque sobre su mesa hay varios libros que él no ignora que es su obligación escribir. ¿Pero cómo, un infarto? ¡Hasta ahí podríamos llegar! Y entonces sobrevive a un infarto tras otro, apartándolos como a moscas, fastidiado, y va dejando a nuestra sed su prodigioso estudio sobre las Comunidades de Castilla, su mirada revelatoria, estereofónica, sobre el contexto social de *La Celestina*, su método genial de interrogar la Historia averiguándole sus procesos de formación de las mentalidades, su convicción de que la España moderna en su totalidad es ininteligible sin el análisis profundo de la estructura histórica de la cultura del Barroco... Y ahora está un poco fatigado. Convalece de su reciente infarto, de su reciente enojo, nos ofrece por enésima vez algo en una bandeja, sonrío cortésmente cuando le decimos que no, sonrío alegremente cuando tomamos algo y lo comemos, y se sienta ante el ventanal... Y es ahora cuando advierto que la dorada luz que declina su oro enmarca la cabeza de Maravall en una especie de tiempo machadiano; es entonces cuando comprendo, viendo su rostro en luz, que Maravall ya no es anciano, sino eterno; es entonces cuando comprendo que esta tarde, suavemente rotunda, deslizada, va a quedarse a vivir conmigo y que si alguna vez la cuento, vendrán en la memoria, como una guía y a la vez una síntesis, unas palabras de Machado: Tarde tranquila, casi con placidez de alma.

Oh mayo, cuánto junio en esta luz

Vinimos hacia las siete de la tarde. Mari Carmen Iglesias, María Teresa y Maravall nos esperaban. Nos esperaban con una luz de mayo que atravesaba el ventanal. «¡Oh luna, cuánto abril!», dijo un lírico castellano y solar. Oh mayo, cuánto junio en esta luz. Allí, tras la ventana grande, brillan, dichosas de renacimiento, las hojas de los árboles del Recorado. Un poco más allá, el campanario de la iglesia de la Ciudad Universitaria divide en dos la línea del machadiano Guadarrama. Una calma de fruta adormecida calla sonoramente en ese espacio mágico al que los límites de la ventana convierten en el cuadro prodigioso que hubiera pintado Velázquez, el artista del tiempo. Aquí, dentro, charlamos, afelpados en la felicidad (el maestro convalece, proyecta, nos ofrece cerveza, sonrío: esto, esta escena, sábelo bien, aprendiz de poeta, es la felicidad, es la ventura). Miro lo que me ofrece esa ventana: paisaje, sí; y cultura. Ya la palabra Guadarrama nos llega siempre de la mano de un gigantesco artista. Nos trae también ese vocablo, Guadarrama, la memoria de uno de los errores más desmesurados de la historia de la desmesurada España. Ahí combatieron, sufrieron y murieron los españoles. Ahora el paisaje, como un óleo animado que hubieran culminado juntos don Antonio Machado y Diego de Velázquez, parece perdonarnos a todos, untándonos piedad en las remotas cicatrices. Piadosamente, creo, el joven Maravall debió de entrar en el estudio de la Historia. Antes, primero, para haber comenzado rectamente una vida de intensidad y de servicio, había sido poeta. Entretanto, iba aprendiendo a preguntar sobre las leyes y los asuntos de los hombres, iba ampliando su formación jurídica. Se preguntó, quizá, qué es en verdad el instrumento del Derecho como medio de ordenación de la vida pública. Tal vez previendo oscuramente no ya sólo un disfrute eterno, sino una eterna ayuda, comienza a devorar a los clásicos españoles. Los sabios no leen libros: los devoran. Los estrujan como a limones. Cuando estalla la guerra civil española (una más, pobre España), Maravall, desconcertado de dolor, interroga al pasado. Descubre las raíces del drama de la profunda discordia nacional y, a la vez, descubre —o mejor dicho: elige— a la historiografía como profesora de ser, como maestra de la vida, como medicina social. En Maravall el trabajo de historiador comporta a la misericordia.

Este joven anciano que nos ofrece cigarrillos en esta tarde luminosa, dubitativa entre la calma sagrada y la ardencia de un verano que ya se anuncia —los visillos están corridos todavía—, entró a las bibliotecas no a informarse, sino a saber: la diferencia es la que existe entre un erudito y un sabio. El sabio es las dos cosas a la vez, el erudito no. Tiene el sabio dos formas de la sed de que carece el erudito: compasión y esperanza. El erudito es necesario; el sabio, imprescindible. El erudito reúne, el sabio anima. El erudito aporta, el sabio mueve. El erudito, cuando lo es muy grande, diagnostica los daños, los enumera, hasta los nombra; el sabio se compadece y se exaspera. En Maravall, una de las personas más exquisitas, más corteses de que pueda enorgullecerse la cortesía española, irrumpe a veces el fragor de la indignación: un estallido de la misericordia. La compasión tiene momentos de violenta virilidad. ¿Cuántos años hace ya que disfruto el privilegio del trato cotidiano con nuestro profesor? Siempre nos trae hasta el despacho